

## Acotaciones al tema del intelectual (1)

De una manera u otra los trabajos aparecidos en torno al intelectual tienen una última consecuencia política. La intención de Weber al tratar su libertad de valores<sup>2</sup> no podía ser otra dada su personalidad científica<sup>3</sup>, pero permanece igualmente en Geiger<sup>4</sup>. La misma fallida Sociología del saber<sup>5</sup> se orienta en este sentido, como de igual modo su crítica más sólida por Adorno<sup>6</sup>. Efectivamente, sólo este aspecto político hace surgir el tema del intelectual y no es otro el que pudiera llegar a lograr verificar la verdadera realidad de una epistemología. No pretendemos vincular inmediatamente el conocimiento a la política, pero sí, indudablemente, reconocer una ética inherente al mismo que pueda legitimarlo. Y esta ética es política como última determinación.

<sup>1</sup> La bibliografía sobre la *Intelligenz* es extensa. No obstante permanece aún la pregunta de que sea intelectual, elegido ya este término. Y no radica la cuestión en la crisis ya constatada de la *Intelligenz*, ni en que tal crisis no sea precisamente de ella, de ahí la desorientación para conseguir su determinación sociológica cultural o funcional. Toda orientación en este sentido ha de resultar lógicamente ideológica. A la postre, se ha sido o no intelectual. Pero no hay que esperar a la iniciativa ajena, basta dedicarnos a conocer las cosas en tanto se refieren a nosotros como hombres.

<sup>2</sup> En "Die Objektivität sozialwissenschaftlicher und sozialpolitisches Erkenntnis", *Archiv für Sw. u. Sp.*, B. XIX, 1904, p. 32, combate la actitud valorativa en tanto ésta somete la crítica del valor ajeno a la propia posición. En "Der Sinn der Wertfreiheit der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften", *Logos*, B. VII, 1917-18, ps. 86-88, ofrece al pensador la tarea de protegerse contra los ideales dominantes, aun cuando se trate del poder "legítimo" del Estado, ya que arriesga fanáticamente la vida social burocratizándola. Lo cual no implica que desaloje la política de la función intelectual (v. "Politik als Beruf" pese a su concepto de política, v. su "Der Beruf zur Politik", aquí rehabilita a este respecto el

rigor intelectual). La separación entre político y científico que una y otra vez se renueva en sus "Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre" no lo alejan del interés político real en sus "Gesammelte politische Schriften".

<sup>3</sup> LANDSHUT, "Kritik der Soziologie" y LÖWITZ, "Max Weber u. Karl Marx", *Archiv. f. Sw. u. Sp.*, 67, 1932.

<sup>4</sup> Explícitamente en "Aufgaben und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft", 1949, Stuttgart, y en "Die Gesellschaft zwischen pathos u. Nüchternheit", Kobenhavn, 1960, en donde tanto por la apreciación sociológica e histórica del intelectual y de nuestra sociedad y civilización contemporánea se exige la consideración de las fuerzas intelectuales como directivas y en orden a la integración en el aparato social existente.

<sup>5</sup> Es significativo a este respecto, que casi toda la bibliografía señalada en relación con la obra de MANNHEIM, "Ideologie und Utopie" en las últimas páginas de la edición de 1952, prácticamente exhaustiva, pongan en entredicho sus tesis fundamentales. En realidad, Mannheim no tuvo capacidad mental suficiente para ofrecerlas con un mínimo rigor científico, ni sus presupuestos conceptuales que tomó en su mayoría prestados habrían sido muy consecuentes para este empeño.

Partimos del concepto de política como ciencia. La política como arte en el sentido aristotélico<sup>7</sup>, o bien, como Administración del bien común tomista<sup>8</sup> la encontramos muy lejos de la concepción posible moderna<sup>9</sup>. De otra parte, el decisionismo orilla tanto la problemática como el objetivo que condiciona el conocimiento político<sup>10</sup>. La política como ciencia no es muy precisa aún, mantenemos la ficción del concepto de representación<sup>11</sup> imposible públicamente<sup>12</sup>. Pero no desconocemos que el fin de la política es realizar históricamente una generalidad de derechos (primera positivación jusnaturalista, del hombre y del —más bien tan sólo como— ciudadano) desde la problemática de un Estado social<sup>13</sup> de Derecho que ha de recabarlos desde las entecas estructuras y esquemas liberales. Perder de vista estas referencias es perseguir los hechos a través de su continuado cambio.

Unimos la misma función de conocer a la comprensión de esta problemática. La racionalidad, según hemos de entenderla<sup>14</sup>, tiene una estructura dia-

<sup>6</sup> En protocolos de su Hauptseminar del Winter-Semester 1956, en "Frankfurter Beiträge zur Soziologie", 4 Exc., "Prismer", pero fundamentalmente en "Eingriffe" Ffm., 1963. En cuanto a su pathos político, es conveniente v. concretamente el bosquejo de su personalidad en "Frankfurter A. Z.", 11, IX, 1963.

<sup>7</sup> La política aristotélica, en el sentido de la "prudencia" de Cicerón y de la "prudence", de Burke, nos es extraña, como de la misma manera, el carácter educativo no se identifica al carácter objetivo de la política positiva de hoy. El que la política actualmente se identifique con la idea de lucha por el poder no significa en ningún modo tan solo que éste es el único criterio, ni tampoco que sea el resultado de desgajarla de la Filosofía práctica aristotélica por efectos del criticismo historicista del s. XIX (HENNIS, "Politik u. praktische Philosophie"), antes bien, hay que tener en cuenta el giro renacentista en tanto el Derecho se borra del ámbito de la Filosofía (v. HABERMAS, "Maburger Antrittsvorlesung", 1961).

<sup>8</sup> v. HABERMAS, o. c.

<sup>9</sup> Que no puede limitarse a la generalidad de M. WEBER. Ni ceñida al logro de la normalidad empírica que somete la función de conocimiento científico al sistema social de división de trabajo vigente (v. a este respecto, HABERMAS, "Analytische Wissenschaftstheorie und Dialektik" Festschrift für Th. W. Adorno, Ffm., 1963).

<sup>10</sup> Aunque la pérdida de objetivo político no es más que el planteamiento actual de la problemática política. (v. Ch. G. v. KROKOW, "Die politische Entscheidung" Stuttgart, 1958).

<sup>11</sup> La conferencia internacional sobre Parlamento y representación en Heidelberg en 1956 no logra mejores resultados. Tampoco la reformada obra de Leibholz "Das Wesen der Repräsentation" puede ser expresión de la concepción actual. El nuevo concepto de representación plebiscitaria, ni se somete a un análisis político científico que pueda legitimarla, ni tampoco puede reputarse como fenómeno contemporáneo exclu-

sivo. La aceptación de la representación como fenómeno indeterminado social, vehículo de la democracia formal de la elección de los detentadores de las funciones del Estado, carece de calificación científico-política.

<sup>12</sup> El concepto de representación exige el ejercicio del mandato ante terceros, ante el propio representado sería expresión de fuerza. (v. HENKE, WILHELM, "Die Verfassungsgebende Gewalt des deutschen Volkes", Stuttgart, 1957). De otra parte constitucionalmente se presta a todo posible malentendido (v. W. ABENDROTH u. H. SULTAN, "Zur Funktion der Gewerkschaften in der westdeutschen Demokratie", etc.)

<sup>13</sup> La problemática moderna la denuncia H. HELLER en "Rechtsstaat oder Diktatur" al constatar la incompatibilidad de la democracia política con la estructura social no democrática. La controversia doctrinal se cerró con la interpretación hermenéutica constitucional de FORSTHOL de la Ley de Bonn (Veröf. d. VdStRL, H. 12, 1953), ya que el Estado de Derecho tan sólo mantiene, según M. WEBER, una libertad liberal correspondiente a la economía de mercado ("Studi in onore di A. D. GIANNINI, 1961), y, aun que advierte la dirección de la Bundesverfassungsgericht y de la misma Ley Fundamental; probablemente por influencia de SMEND la cree inaceptable (F. f. C. SCHMITT, 1961). En realidad, esta posición proviene de la distinción de SCHMITT en su Verfassungslehre entre ley constitucional y ley en sentido positivo, que a su vez proviene de BERNATZIK (Zeitsch. f. das privat u. öff. Recht der Gegenwart, B. 26, 1899), que se dirige contra la idea de que la const. es un contrato libre entre príncipe y parlamento. De otra parte, tanto su concepción del Estado Social de Derecho como la integracionista de SMEND no es compartida aquí, ni tampoco el nuevo integracionismo basado en A. WEBER y que desarrolla posteriormente y mantiene ABENDROTH.

<sup>14</sup> En su comprensión más apropiada a nuestro tema, v. las contribuciones de HORKHEIMER y ADORNO reunidas en "Frankfurter Beiträge zur Soziologie", B. 10, Ffm., 1962.



léctica acomodada al mismo proceso de la realidad política. La conciencia de estar implicado en ésta, su reconocimiento, legítima y pondera la profesionalidad del intelectual al que exigen su responsabilidad política. En este sentido, aunque a distintos niveles de necesidades y conocimientos, la figura del intelectual que pretendemos habría de corresponder a aquélla según la cual habría de estudiarse la personalidad de Mirabeau<sup>15</sup> o, bien, entenderse la actitud de los intelectuales soviéticos<sup>16</sup> y el "roll" político que a uno y otros los perfilan.

Se trata, pues, para el intelectual de reconocer la estructura del proceso social en que se integra<sup>17</sup>, comprendiendo unitariamente su problemática, pero consciente de que no alcanzará a percibir su contenido en tanto no conozca la complejidad social inexcusable para su análisis. No se trata del conocimiento de los modelos vigentes ni del valor o valores que los determinan. Aquéllos están sometidos a la ambigüedad de su ideología que se polariza en los estratos sociales dados, adecuados conjuntamente según la manipulación del poder que ha de impedir su proceso espontáneo de descomposición ideológica y cuya administración no es cognoscible desde el punto de vista teórico. Preciso es conocer tales modelos, pero el hecho social relevante es el desequilibrio social que mantienen. Pero en el caso aún posible de una perspectiva así total, la ideología que habría de suponer la dedicación a este conocimiento ya no podría ser considerada solamente como falsa conciencia, sino como conciencia lujuriosa<sup>18</sup> por ser consciente del estrato que la condiciona. Pocas cosas son más repugnantes que la recría de élites construídas desde el aprendizaje de modelos vinculados a un estrato. Porque la institucionalización de la cultura, como tal valor, no radicó en su estereotipación que raramente sucede dada su lógica interna, sino en el desgajamiento de la situación que la condiciona y que la priva de la conciencia de su inmoral verdad, lo que hoy ya es dudoso.

Sin este conocimiento a que nos referimos el intelectual desdibuja o pierde el objetivo propio de su función de conocer. Porque tal función específica la tiene en tanto que sus resultados se proyecten y condicionen objetivamente, carácter que convalida su quehacer como científico y que legitima su trabajo. Pero tal objetividad no sólo significa vigencia general proyectada y verificada comúnmente, sino que, consecuentemente, ha de estar determinada por la necesidad social cuyo conocimiento le es previo<sup>19</sup>. Esto es importante si se tiene en cuenta la vigencia general de los resultados del quehacer científico. Esta generalidad no se aplica quizás directamente sobre los miembros de la sociedad, pero pasa a integrar los niveles de comunicación desde los cuales aquellos como personas han de actuar. Si esto no se comprende, no puede comprenderse la enorme responsabilidad del intelectual cuyo trabajo se proyecta en el común y cuya consistencia ha de alimentarse de la bondad científ-

<sup>15</sup> CASTRIES, "Mirabeau" P. Historia, 1961, París.

<sup>16</sup> KERSTEN, H., "Aufstand der Intellektuellen", Stuttgart, 1957.

<sup>17</sup> Es exigencia ya mantenida en la ilustración lógicamente, v. P. TH. D'HOLBACH, "Sistema de la naturaleza", 1946.

<sup>18</sup> v. GEIGER, "Aufgaben u. Stellung der

Intelligenz", p. 45. El concepto de Adorno a este respecto en más amplio y referido a las ideologías "neutrales", 2.ª tesis sobre ideología en el semestre de invierno de 1956.

<sup>19</sup> Legitimación que no puede cludir cualquier tarea que pretenda proyección alguna social.

fica de aquél<sup>20</sup>. Este reconocimiento de su función social es la vía para eludir la evidencia de un convencionalismo interno que denuncia Polak<sup>21</sup> en todo conocimiento. Evidentemente, si la investigación ha de ser libre, esta libertad ha de entenderse doblemente dado el peculiar objeto social sobre el que se proyecta, libre, en tanto haya de decidirse por el que conoce sin intervención o ingerencia de voluntad extraña en su elementalidad como tal, y en segundo lugar, desde la oportunidad del objeto que suponga la menor particularización de él<sup>22</sup>. Cuando la perspectiva está localizada particularmente, es indiferente que lo sea debido por motivos objetivos o subjetivos, no sólo el margen de error en el logro del objetivo aumenta, sino que los mismos medios elegidos lo construyen ya adulterado. La bondad de su función ha de derivar de su mayor capacidad para percibir esta estructura en que se inserta, cuyos contenidos no pueden lograrse sin la perspectiva total en la que tienen sentido.

La concurrencia y mercado político de valores queda reducido así desde el punto de vista intelectual a la verificación de su legitimidad, cuyo reconocimiento y elaboración constituye el instrumento elemental de su función, su conciencia del objeto. Lógicamente, la tarea científica se identificará a su misma metodología. Inducción o deducción serán en ella momentos inconsistentes de la mecánica ineludible de la vinculación y carácter social de su función, sin que en ningún momento thesei o phisei puedan independizarse de su interna y recíproca necesidad<sup>23</sup>. Sólo en esta comprensión, el carácter procesual del conocimiento, tanto más agudizado y explícito en esta peculiar relación —social— sujeto-objeto, puede mantener el thelos de la racionalidad. Racionalidad objetiva que hace posible su propia renovación, la ciencia en cuanto tal. Pero hay que entender, que el juego de recursos operacionales o instrumentales, para la misma detección de la realidad social sobre la que se ha de operar como objeto, no se independiza de una toma de conciencia cultural desde la que el intelectual como tal se sitúa. El reconocimiento de la verdad social de esta cultura ha de verificarse descubriendo su objetividad a través de la escisión política de la que es exponente. Entonces es cuando la conciencia intelectual es el medio o relación con el necesitado y siempre cambiante objeto social y cuando se manifiesta ya como función social. La ocasional elección de método estará gravada deductivamente en principio, pero en principio, siempre que la posibilidad de su objetividad se mantenga y esta objetividad sea recabada como necesidad social. Para la percepción de esta misma necesidad, el intelectual no abandona su propio campo. No es que la ciencia haya de tener la pretensión de dirigir el proceso —aunque sí de ra-

<sup>20</sup> v. MENDE, G. "Die kopernikanische Wendung des Historischen Bewusstseins" en Festschrift f. E. Bloch, Berlín, 1955, fundamentalmente, p. 251. Esta misma dirección de proyectar el presente sobre el futuro y no determinar aquél desde el pretérito se presta, no obstante, a equívocas interpretaciones, v. en relación con BLOCH, W. D. MARSCH, in Steingadener Tagung, 1962. "Hoffnung als Prinzip des Philosophieren" und "Utopie und Eschatologie"; y ERDMANN, "Die Zukunft als Kategorie der Geschichte" en Hist. Zeitsch. B. 198, H. 1. 1964.

<sup>21</sup> "Kennen en Keuren in de Sociales

Wetenschappen", Leiden, 1948, sobre cuya crítica ofrece TOPITSCH su "Konventionalismus und Wertproblem in den Sozialwissenschaften" no muy convincente (Soziologische Texte, B. 10). Convencionalismo que siempre se ha tendido a eludir; WEBER lo tiene en cuenta al tomar posición frente a SCHMOLLER, aunque en último término no esté muy distante de él.

<sup>22</sup> v. FRIEDRICH, "Freiheit u. Verantwortung", en Hamburger Jahrbuch P. Wirtschafts- u. gesellschaftspolitik, 1959.

<sup>23</sup> v. en relación, ADORNO, "Soziologie und empirische Forschung", Festsch. f. H. PLESSNER, Göttingen, 1957, 245 ss.



cionalizarlo—, pero desde luego la de verificar la objetividad de tal necesidad y de su definición desde donde ha de corregir el error o bien recomenzar su tarea. La verdad social de esta tarea ha de consistir no sólo en la verificación de tales objetividades, sino en el necesario control propio y genuino del intelectual que en último caso ha de sancionarlas. Para ello le es ineludible su propia conciencia social<sup>24</sup>. La bondad de su tarea ha de depender en primer lugar de la sensibilidad para apreciar la estructura social en que vive. Pero en principio como tal intelectual. Su actitud política como tal, se hace total desde la conciencia de su función, conciencia cuya autonomía se respalda ya desde su profesionalidad, y cuya efectividad va a depender de su valor en mantenerla. La misma especialización de su propia rama tan sólo ha de poder llegar a ser real en tanto se acuerde con aquellas otras que hacen posible su objetividad, cuya vigencia, de otra parte, también ha de exigirse: La libertad de pensamiento y su expresión en todas sus concrecciones, no sólo fueron siempre principio de publicidad<sup>25</sup> y el primer derecho, sino que verifiquen tan sólo socialmente su propia objetividad. El defecto de esta libertad la detenta inmediatamente una genuina susceptibilidad intelectual, muy antes que se interfiera el aspecto material de su función, que lógicamente depende de los resultados de la vigencia de aquélla.

Por esto, la autonomía del intelectual, inherente al hecho del conocer, se incompatibiliza con la servidumbre a un poder<sup>26</sup>. El hecho mismo de éste no es más que un caso de la necesidad de conocer. El desvelamiento de la verdad es la manifestación del dominio del objeto, que supera la superstición animista de su fuerza y desde luego la acomodación mágica al hecho de su presencia. Si el intelectual se inhibe de su responsabilidad, no sólo se veta ya su veracidad, sino simplemente conocer. La aceptación del poder como tal, supone la acomodación al objeto, pero dado el carácter de este objeto, social, en el momento de la aceptación del sometimiento, antes de su mimesis con el poder, antes de la pseudo-objetividad siempre recabada por éste, sujeto y objeto se roturan al mismo tiempo, naturalizándose irracionalmente y perdiendo sentido la relación de su dualidad. No juega ya aquí solamente el concepto de responsabilidad, sino la propia dialéctica de la relación así constituída que tiene efectivamente hasta la despersonalización. Es inútil recordar, en presencia de nuestro pluralismo, las mil posibilidades en que el yo se disgrega como garantía de una libertad que nunca se detenta porque es del poder, aun que éste permanezca despersonalizado y disgregado. Tales posibilidades no son más que tantas necesidades cuyo mayor número aumentan el mal y cuya administración o integración de aquéllas no equivalen en modo alguno a su satisfacción que jamás fué así necesitada. La tarea intelectual queda así reducida a una tarea técnica, resignación en suma. El fenómeno en su expresión más generalizada no es nuevo para la bibliografía actual. Se trata de un hecho

<sup>24</sup> Pese al matiz del autor y de la obra no se debe despreciar a este respecto LUKACS, "H.ª y Conciencia de clase", si lee como es obvio señalar.

<sup>25</sup> Desde la conciencia de HOBBS a GUITZOT se abrió paso a una opinión que habría de legitimar y basar el constitucionalismo posterior. La opinión de los fisiócratas y la de BURKE se garantiza en el es-

tado parlamentario de 1791 que orilla el romanticismo de la soberanía popular, pero no el reconocimiento de ésta. (v. HABERMAS, *Strukturwandel der Öffentlichkeit* Neuwied, 1962).

<sup>26</sup> Entendemos por poder toda aquella fuerza social institucionalizada o no que no esté en función exclusivamente como tal al servicio de la comunidad.

conocido ya históricamente; la Ilustración, a fuer de confundir burguesía y democracia, ha alcanzado al propio hombre, sometiéndole a las mismas leyes de la naturaleza, porque naturaleza es. Desde aquí, es el hombre que se nutre de necesidades administradas por el poder<sup>27</sup>, anónimo o no, pero cuya grieta va a tapar con su misma carne el propio profesional del conocer, contribuyendo ya técnicamente a la disgregación de la armónica unidad social del hombre, de la que el poder se nutre a sus expensas. Esta evidencia se hace explícita tan pronto la complejidad del poder desaparece. En las ridículas formas de estado autocráticas modernas, creadas sin duda en previsión de tal juego, su simplismo quiebra pronto su ideología. Efectivamente, el objeto ha de mantenerse suficientemente separado para que su dominio sea posible, su propia dimensión es distancia. Esto lo sabe bien el poder, cuya fuerza radica en el "arcana dominationis" de su administración, que distribuye sabiamente las necesidades en régimen de monopolio. Pero esta misma distancia que construye o encuentra ha de serle devuelta. La mal llamada mercantilización intelectual, es decir, la reprivatización de su función, no se asienta más que en una falta de su propio conocimiento cuya necesidad elude torpemente renunciando a su genuina profesionalidad. Hay que estar, pues, de pie y con tanta exigencia como mayor sea la física del objeto. Resignación no es función intelectual. El conocimiento es total porque su máxima realidad deriva de la necesidad social de su función.

De aquí no ha de inferirse efectividad política inmediata al intelectual, precisamente de la que proverbialmente carece como es sabido y antes que nadie por el propio intelectual. El campo político del intelectual es el de la misma necesidad que recaba su función. El conocimiento fuera de sí no anticipa, su oportunidad real es social, como la necesidad que lo convalida. Su posibilidad tan sólo es destruir la trascendencia asocial del poder, en tanto ésta ha de someterse a la racionalidad de sus mismos órganos. La tarea es desvelar, tan pronto aparezca, la ambigüedad desde la que el poder como tal se sitúa. Sólo desde esta perspectiva el intelectual se sitúa como obstáculo real al poder. Tanto por la complejidad orgánica social como por su posibilidad, por lo tanto ideológica, siempre en trance de mantenerse, es paso y única referencia en "la evolución social hacia la conciencia", como negatividad del momento social cuyo desequilibrio es condición inexcusable de su entrada en acción. El desarrollo o la regresión pertenecen al poder, sea o no legítimo. Pero capacidad política, como profesional, no puede tenerla inmediatamente el intelectual, ni la misma realidad o solidez de su conocimiento puede invitarle a tal actitud. El reino del futuro será desde el aquí histórico una digna utopía, pero en ella, y, en todo caso, tan sólo en esta perspectiva utópica así considerada<sup>29</sup> ha de mantenerse el intelectual. Indudablemente, él es responsable de que su conocimiento no degenera en ideología por escasez del mismo, pero de la misma manera, no hay intelectual honesto que frustre su tarea planteándose la utopía como valor.

De otra parte, tal politicidad se dificulta desde la especialización de su

<sup>27</sup> De hecho se legitima a todo poder desde esta función; FORSTHOFF, precisamente, introduce esta caracterización del Estado en "Die Verwaltung als Leistungsträger", Stuttgart, 1938.

<sup>28</sup> Ver el interesante trabajo de H. Pross, "Zum Begriff der pluralistischen Gesellschaft" en *Zenguisse*, F., 1963.

<sup>29</sup> Pero desde su propia posibilidad de hacer en tanto mantenga esta tarea.



función, porque tanto mayor es su verdad, tanta menor posibilidad de comunicación ofrece. La mercancía que habría de ofrecer sería tanto más vulnerable en proporción a su necesidad. El hombre de la calle se relaciona con el poder desde categorías científicamente complejas que éste administra o de que se sirve. La ideología como integración, o, bien, la espera como ingrediente de ella —muy coherente hoy— son ajenas al intelectual. El hombre de la calle sufre su vigencia, cuyo análisis lógicamente no se politiza, y no esperará mucho del poder, pero, desde luego, nada del intelectual que no lo tiene. En suma, el intelectual “políticamente” no dice nada, todo lo más le corresponde regresar a la pregunta que el poder astutamente no formuló o no pudo formular. La estructura social que limita la realidad de su conocimiento no es ámbito politizado, sino desde donde el nivel político ha de desenvolverse.

Porque no es “político”, comprende el poder y la oportunidad sobre la que el poder actúa. Mucho mejor que el político vinculado a un pragmatismo que en último lugar es ideológico. Los mitos políticos sobre los que él espera, no son creídos por él directamente, pero este escepticismo metapolítico no lo es político, porque la verdad que reconoce el político es precisamente el sistema de composición de ellos<sup>30</sup>. La espera de su oportunidad es expresión de su incapacidad de conocer, ideología como el propio sistema. Actualmente tienden a aceptarse como dados los sistemas existentes porque la dependización e irresponsabilidad —lógicos en una sociedad antagónica total— apoyan su institucionalización. La inhibición de asenso activo y del tráfico social público se logran mediante la intensa reprivatización a que se somete la clase media. Pero el resultado es ideología también a la que el político igualmente sucumbe. El no podrá entender el accidente de todo su proceso, porque la ley de éste no será siquiera la expresión del consorcio de intereses, sino impuesta por la coyuntura fisiológica de un sistema en sí ineficaz por ideológico y cuya orgánica se pretende industrial<sup>31</sup>. Que ya no es el poder primario, sino su ideología la que se renueva autónoma y lo sustituye. Que aquí mismo cabe el conocimiento lo denuncia “la revolución de los técnicos”, cuya reprivatización ciega nuevamente su oportunidad. La caricatura es desechable, pero ofrece la efectividad del conocimiento exigido por el reajuste social de unas fuerzas que ya son inconscientes de sus propios límites.

Sólo en esta toma de conciencia surge la temática propia del intelectual, que nace precisamente con este carácter aludido desde el Estado. En este aspecto, el intelectual es un momento en la dialéctica de un Estado, barroco, como última referencia necesaria, que sufre su lógica digestión política, pero en tanto pueda mantenerse su razón de Estado. No hay otra calificación de valor que pueda apoyar la verdad social del intelectual, falta de una suficiente actualidad y simultaneidad de verificación política que le convalide tal crédito. Porque el rol político del intelectual no proviene de un valor vigente, esto es, no proviene de la detentación directa del poder. Dentro o fuera de él, como poder político, lo niega. En tanto que intelectual se puede estar de

<sup>30</sup> En el mismo sentido KRAFT, J. “Politischer Wunderglaube und politische Erkenntnis”, ps. 223-24, Zeitschrift f. die Ges. Staatsw. 107 B, H. 22.

<sup>31</sup> Es interesante a este respecto el tra-

bajo de DAHRENDORF, “Über Gestalt und Bedeutung des Rechts in der modernen Gesellschaft”, H. JAHRB. f. W. u. Gesellschaftspolitik”, 1962.

acuerdo o no con el poder, pero sin identificarse a él. Y sin embargo comparte con él una función política. Políticamente, la función del intelectual es invertir la relación de poder, relación de la que el ejercicio de éste inexorablemente parte y que a su vez mantiene una necesaria unidad social, siquiera <sup>32</sup> de las fuerzas "políticas libres". La necesidad social de la tarea política del intelectual nace del hecho del poder como síntesis "política" que siempre se renueva. Su función no es destruirlo, ni puede, sino ofrecerle sus mismos límites, crítica. Para el poder, la capacidad del intelectual es técnica, pero desde sí misma es autónoma, sometida a su espontáneo proceso de conocimiento cuya propia ratio no puede nutrirse del significado brutal desde el que el poder actúa. Porque el poder domina, su lenguaje político es inmediato, pero no para sus propios medios sobre cuya conjunta verdad se asienta. La verdad del conocimiento conquista terreno al poder en la medida en que avanza o este interfiere sus evidencias. El poder no querrá ilustración, el clima político óptimo es primitivo, pero el conocimiento es eficacia a cuya tentación el poder sucumbe. Y en tanto los niveles de comunicación son más elevados, el proceso del poder como tal se reduce a ser instrumento de ellos.

Esta dialéctica en la que se desenvuelve históricamente el concepto del Estado, es la que logra esta razón dominadora de lo irracional y cuya veracidad consolida y aumenta los niveles de desarrollo. La trivialización del intelectual y la aceptación de este hecho por él mismo, destruye la oportunidad de esta razón. No puede objetarse que su conocimiento es muy ajeno a la realidad política cuya tendencia ignora, porque esta ignorancia le proporciona los límites de la necesidad social que le recaba y, a su vez, es paso obligado de conocimiento. Este continuo alejamiento del objeto social para después conocerlo es el camino a través del cual se realiza el Estado.

Su tarea política se hace tanto más problemática, pero tanto más ineludible, en tanto pierda solidez como ideología <sup>33</sup> que se acepta por la evidencia de la invisibilidad de su complejidad, con la consiguiente pérdida de la conciencia social, profesional y política que sin juego alguno en el laberinto pluralista consigue la pérdida de la original referencia que mantenga el propio fin de la racionalidad. Sin el pathos que ha de sustentar la dignidad del yo se pierde igualmente la medida social de su razón. El objeto social tendrá propia vida sin referirse siquiera a un poder que habría de ser definido desde la universalidad intelectual. La propia razón se determina desde el objeto, desde fuera, es la objetivación de la razón que integra en sí al sujeto hasta los mismos límites naturales de su utilidad. En esta estrecha red del objeto, el sujeto aislado ventea instintivamente su conservación, pero fuera y al mismo tiempo en beneficio de esta sociedad hidrópica de él. Es la base liberal de Hobbes anquilada por la publicidad kantiana, legitimada siempre por algún "realismo" y a la postre dirigida por una mayoría casual.

Desde este panorama, que no es desconocido para la actualidad, cabe entender la oportunidad y verdadera función política del intelectual que presta la mayor posibilidad de referencia social, tanto más efectiva en tanto que él

<sup>32</sup> Teóricamente, unos niveles sólidos y suficientes jurídicos-políticos tan sólo justificarían la prevención general del poder hacia fuera.

<sup>33</sup> Tercera tesis de ADORNO sometida al Hauptseminar en el semestre de invierno de 1956 y probervialmente conocida.



mismo ha de reputarse integrante de este pluralismo<sup>34</sup>. Desde aquí ha de replantearse la honestidad intelectual, que no está salvada, antes bien eludida por cualquier atajo que olvide la artesanía racional que ha de caracterizarla<sup>35</sup>. La inmediatez moral desde la intelectualidad no supone más que una mimesis sacerdotal y primitiva con el mismo fin, a espaldas del previo objeto social, para cuyo conocimiento hace falta toda la capacidad y madurez de la conciencia intelectual. Esto hay que entenderlo bien, porque las soluciones están vedadas. El mito ha de permanecer, a este respecto, el que intenta desvelarlo ha de encontrarse sólo, a la postre, radical.

Pero de otra manera, la vieja libertad de valores es relativa. La elección de método desde la perspectiva de Weber, distintivo científico, olvida una carga valorativa que necesariamente tiene el científico desde la situación social desde la que actúa, sin que, además, su comprensiva sociología preste la determinación o aproximación en fin a este carácter científico preconizado. De manera semejante puede argumentarse a Kelsen<sup>36</sup>, cuyo gracioso optimismo a este respecto tan sólo habría de basarse en este ancho campo sin problemática pública garantizado y pesebre del estado post-burgués. Más inteligible es la ascesis valorativa de Geiger<sup>37</sup>. Efectivamente, carece de valor científico hoy día cualquier juicio sobre la veracidad de un hecho social, sencillamente por su imposibilidad o bien por su intrascendencia<sup>38</sup>. Las ideas políticas y sociales adquieren validez en tanto encuentran eco en nuestras mayorías. Permanece la vigencia de un naturalismo social a lo Pareto<sup>39</sup> por la necesidad de un doctrinarismo político que ha de buscar sentido en las ideologías que disfrutaban las oligarquías de nuestra democracia. Es el clima que planteó la necesidad de una sociología del conocimiento<sup>40</sup> y el que ha logrado el existencialismo de un Kolakowski<sup>41</sup>. La ideología del valor perdió su sentido "ilustrado" político. Pero esto lo olvida Geiger; para él, los hombres no han logrado asimilar la rápida y profunda transformación de la estructura técnica en que viven. Orden y pedagogía son los remedios asépticos preconizados por él. También, dice, es una moral la integración en el orden social, dada la evidencia de esta necesidad de interdependencia social así determinada, aún con la previsión de intentar transformarla. El cómo de su transformación no lo dice, aunque sí, como ya sabíamos, que la ciencia como valor se degrada y que siempre fué ajena a concepciones de valor vigentes políticamente.

Geiger es certero, pero esta acomodación que predica en su obra póstuma no es más que la racionalidad de Weber a un nivel total y sin darse cuenta de

<sup>34</sup> Tanto la "freischwebende Intelligens" de MANNHEIM como la de GEIGER en "Die Klassengesellschaft im Schmelztiegel", hoy día son insostenibles. GEIGER mismo no mantiene con posterioridad esta tesis.

<sup>35</sup> El mantenimiento de actitudes a cualquier luz inapropiadas ganan publicaciones como la de A. M. KNOLL, "Katholische Kirche u. Scholastisches Naturrecht", Wien, 1962. Actitudes como la de NELSON en "Demokratie und Führerschaft" pierden pronto validez.

<sup>36</sup> En "Vom Wesen und Wert der Demokratie", Tübingen, 1929.

<sup>37</sup> Tesis p. 87 de su obra póstuma "Die Gesellschaft zw. Pathos u Nüchternheit.

<sup>38</sup> v. MARCUSE, L., "Aus den Papieren eines bejahrten Philosophie Studenten" 1963, List V.

<sup>39</sup> v. BARTH, H. "Wahrheit u. Ideologie", Zürich, 1945, p. 344-7.

<sup>40</sup> SCHOECH, H. "Der sozialökonomische Aspekt in der Wissenssoziologie Karl Mannheims", Z. f. d. Gesamte Staatsw., 106, 1, p. 45.

<sup>41</sup> WOLAKOWSKI, LESZEK, "Der Mensch ohne Alternative", 1960, Piper-V., a nuestro parecer, es índice de la última actitud casi ya ideológica, impotente ante la organización social, marxista en este caso, pese al "desenfriamiento" posterior a Stalin.

la problemática que descubre. El conocimiento queda limitado a la "racionalidad" del maestro. Mientras tanto, la sociedad, en cuya interdependencia, según Geiger, ha de adquirir su dimensión el hombre, una sociedad, según él, cuya estructura es poder y cuya evidencia, por lo tanto, habría de distinguirse precisamente como valor y no como ciencia, ha de ganar en esta medida la dedicación a su conocimiento por el solo hecho de que este poder está mediatizado por la organización.

Desde aquí ya no es posible preguntarnos cuál es la razón formal subjetiva, cuál es la conciencia que responde, que tiene una respuesta ante esta irracionalidad denunciada, porque el objeto constituye nuestro ser. ¡No son, pues, intelectuales los que neo-positivamente elaboran los preciados símbolos de nuestro social lenguaje! La racionalidad de Weber, lógicamente burguesa, se entroniza. Hay que ser razonables, comprender prudentemente nuestra oportunidad y, tanto más profundamente la comprendamos, comprensiblemente también nos acercaremos al rigor científico. La razón positivista, cuyo contenido lógico es el "operativo", su función en el dominio del hombre o de la naturaleza, es la pedagogía del intelectual.

Es difícil legitimar tal inteligencia, porque la química lógica de valores sociales<sup>42</sup> tan sólo puede depurarlos hasta el límite mismo en que son verdad, en que son expresión de la sociedad antagonica a que sirven. Economía en último término como verdad acuñada filosófica cuya práctica es la industria<sup>43</sup>. Es el realismo, la pretensión del dogma filosófico de Occidente, la razón se ha hecho real<sup>44</sup>. Pero en tanto se identifica a la misma ideología cuya detección fué el viejo paso de la filosofía práctica. Ello es consecuente a este resto de razón, "natural"<sup>45</sup>, como última determinación. Así, antes se debilita el concepto de tiranía y el de rebelión, correspondientemente se abre paso un hipertrofiado Derecho Penal, garantía de un Estado que carece ya de concepto serio, sin que pueda colegirse en él nada parecido a la antigua "res-pública" o a cualquier "tratado de príncipes". La razón llega a ser la industria, cualquiera actitud no culta frente a ella supone la exclusión. Porque es incuestionable la dificultad de decidir entre lo que es ciencia y lo que es técnica. El momento decisivo como supuesta praxis de la ciencia weberiana se califica por simpatía con los valores vigentes, sin que esta comprensión irracional haya podido dirigirse por otras vías a nivel total que por las reales del poder. Esta sería la técnica segura, única efectiva que resume todas las demás y cuyo conocimiento es el científico. Esto no tarda en repetirlo Carl Schmitt en su 22 edición irreformada. Es la herencia de la poética maquiavelista que utilizó Federico el Grande, Napoleón, la Santa Alianza y que cínicamente por sus expo-

<sup>42</sup> La intención desideologizante es propuesta como legitimadora de su análisis lógico por ALBERT, H., en "Wissenschaft und Politik", en "Probleme der Wissenschaftstheorie", Wien, 1960. Pero, no obstante, es significativo el escepticismo de este mismo autor respecto de la compatibilidad de verdad y política, "Das Werturteilsproblem im Lichte der logischen Analyse", Z. f. d. G. STAATSW., 112 B., 3 H. p. 433, y en el 5.º resultado en p. 438.

<sup>43</sup> La idea de Lenin es a este respecto buena, "Materialismus und Empirio-kriticismus", DIETZ-V., Berlín, 1952, p. 159. Y en

este sentido, Economía es verdad, ya que directa o indirectamente todo sector de vida está sometido a la industria, v. entre otros GEHLEN, "Studien zur Anthropologie und Soziologie, Neuwied a. Rhein u. Berlin, 1963, p. 247 y ss.

<sup>44</sup> El concepto es de HORKHEIMER, 131, "Sociologica X B. Ffm., 1962:

<sup>45</sup> La fe en la naturaleza según la concepción "humanista" que posibilita la "Bulogie der noch-nicht-Sein" de BLOCH, no está muy lejos de la actitud "reprivelidada" actual.



sitores legítima que a la postre se inundase el mundo de rojo, pardo y negro. Pero que hoy día está muy lejos de adecuarse con una conciencia generalizada que tan sólo legítima la actitud política que recaba igualdad<sup>46</sup>, que como siempre un tanto activa, no se conforma con la que se detenta sólo "ante" la ley.

El problema de la libertad de valores no radica en que se haya de decidir por argumentos ajenos, no se trata de una elección entre ciencia y creencia, dice Popper<sup>47</sup>, sino entre dos clases de creencia. De aquí deriva este autor un criticismo que ha de someterse a unas normas sociales previas como base para la elección del método que ha de determinar la preciada racionalidad. Es claro que el camino queda abierto para una consideración de la temática social que en definitiva ha de definir el método elegido, pero la dificultad que el positivismo no resuelve, racionalizar la decisión, permanece. La dificultad no está en la propia racionalidad como elección de método, considerada teóricamente y aún en la irracionalidad práctica en que se desenvuelve, sino ya en conseguir una base común, la norma social previa que limite la perspectiva, prácticamente consenso en último caso. Se ha de limitar o se debe, según este autor, a aquellos científicos que mantengan un discreto punto de vista medio cultural social. Falta, evidentemente, revisar la validez de esta base previa. Pero en todo caso, ésta sería la que legitimaría científicamente la racionalidad, que así no estaría muy distante del valor en tanto aquélla no ofreciera más garantía.

El concepto de razón, dice Horkheimer<sup>48</sup>, no es solamente el sustrato del desarrollo histórico, sino también uno de sus elementos. Un juicio sobre ella es falso en tanto no mantenga el interés en el desarrollo de una reflexión que ha de tener como fin la emancipación. La crisis de la razón que dobla ya su punto álgido ha de entenderse como proyección de esa razón "cartesiana" que cierra el mismo Hegel. El fué quien descubre la ontología del trabajo social cuya dificultad idealista va a resolverla el "ilustrado"<sup>49</sup> Marx. Pero esta necesidad recabada de la práctica ha de realizarse desde el nivel técnico de la división del trabajo social actual, desde una ciencia positiva que monopoliza toda posibilidad de organización.

Pero "no porque creamos que eres blanco, eres blanco en efecto, sino porque eres en efecto blanco, y al decir nosotros que lo eres, lo eres en verdad". Verdad es "adequatio rei et intellectus", es decir, la verdad es objetiva, de tal manera, que en el caso del juicio que tenemos sobre algo, este juicio será verdadero en tanto este algo mantenga las características que le atribuímos. En la verdad, pues, no se trata de la verdad sintáctica, sino de la verdad del juicio. Nominalistamente, es difícil separar proposición y juicio, pero en principio, para nosotros, nos ha de interesar aquélla en tanto sea vehículo de expresión de éste, porque a la postre, la verdad sintáctica tan sólo es posible si expresa el juicio verdadero. Ante el objeto específico social no puede mantenerse el objetivo positivista de un análisis semántico, ni siquiera en el

<sup>46</sup> Esta es la garantía de toda esperanza y es necesario constatar este hecho, ya que siempre se mantiene un concepto de razón que no se ha emancipado aún de su cuño burgués. Hay que tener en cuenta que desde el supuesto social, sólo igualdad presupone libertad "problemática", y no determinada.

<sup>47</sup> POPPER, K. R., "Die offene Gesellschaft und ihre Feinde", Bern., 1957.

<sup>48</sup> Sociologica II, Ffm., 1962, p. 202.

<sup>49</sup> Sobre el concepto de naturaleza en MARX, v. la cuidada y precisa "Dissertation de A. SCHMIDT, "Der Begriff der Natur in der Lehre von Marx", Ffm., 1962.

sentido de conseguir una precisión y distinción técnica para la mejor comunicación según es el criterio de Kotarbinski y su escuela, ya que, sin tener en cuenta las implicaciones valorativas a través de las cuales puede hablarse hoy tan sólo técnicamente, la misma técnica como objetivo de este método purificador aparece valorativamente gravada. La técnica como medio informativo general de la organización social contemporánea, es el vehículo de cohesión de una sociedad basada en unas reglas de libre cambio de medios de producción, cuyo mantenimiento es sostenido como Derecho por aquellos que mantienen las mejores fuentes de riqueza. La técnica será el medio de realización masiva de un Derecho que beneficia a unos en contra de los que se ven perjudicados por él<sup>49</sup>. Y en este aspecto, la organización está gravada valorativamente. No sólo ya desde el viejo concepto de ideología política, sino porque tal organización como ciencia no es verdad, imposibilitándose cualquier técnica que se apoye en ella. En tanto que ciencia, según sabemos, la organización económica se basa en supuestos ideales que han de mover a los precios en condiciones tales para dirigir convenientemente la producción, obstaculizarla o estimularla y lograr de este modo una "justa" distribución, lógicamente, los movimientos económicos han de ceñirse a estos supuestos en donde se legitiman. Pero esto no ocurre así<sup>50</sup>, la realidad discurre en verdad según las alternativas de una concurrencia de poderes, que aunque han de verse mediatisados por tales referencias, ni son suficientes para contenerlos, según ellas, ni éstos deciden según sus reglas, seguramente en principio por el temor que su primera de ellas, la "omnipotencia del consumidor" llegue a ser efectiva. El remedio aplicado es decisión, técnica, pero no ciencia, y, en suma, impotente para contener un objetivo a cualquier luz como científico.

Porque no es posible concebir una ciencia que no valore la verdad más alta que el error, que no dé al conocimiento de la verdad el más alto rango, ya que la falta de conocimiento, en su proyección social y en mayor o menor medida sólo tiene un resultado: víctima. En este aspecto, la ciencia es valorativa.

Si el objeto ha de ser en último término el social, esto es, la interdependencia entre los hombres, único perfil del ser que puede lograr objetividad verificable, la metodología de la ciencia ha de descubrirse desde esta base real percibida en la sofística de lo igual en cada hombre. Sólo aquella ciencia cuya formalidad resista esta verdad puede emprender la tarea de positivizarse reduciendo sintácticamente sus proposiciones. La legitimidad del Derecho no es otra que su generalidad<sup>51</sup>. La búsqueda de ésta ha sido la utopía, el thelos de Occidente, que ha tenido que buscarla desde su misma necesidad. La ciencia fué siempre la prevención del hambre o de la violencia; de aquí la conciencia de su libertad real<sup>52</sup>. Este es el incontrovertido proceso real social. Que no parte fuera de su siquiera posibilidad sociológicamente considerada, de la plena vigencia de un valor social, como si todavía nadie hubiera señalado sus caracteres conformistas y represivos. Este, como ideología, puede trans-

<sup>49</sup> DAHRENDORF, R., "Über den Ursprung der Ungleichheit unter den Menschen", Tübingen, 1961.

<sup>50</sup> No sólo es la opinión de ALBERT, "Das Werturteil im Lichte der logischen Analyse" fundam. en p. 434, basta recordar las críticas levantadas por Keynes.

<sup>51</sup> Desde Aristóteles es característica la ley, "Moral a Nicómaco", Libro V., cap. VII, p. 169, 1952, Buenos Aires, C. Austral.

<sup>52</sup> Su expresión más generalizada es hegeliana, como su concreto proceso en el segundo cap. de su Fenomenología.



formarse más lentamente que la misma estructura que lo soportó, pero este desequilibrio se hace explícito en una u otra oposición cuya reducción implica latentemente la alteración o perturbación social. Y tanto mayor sometimiento, con tanta mayor intensidad aparece el análisis que potencialmente destruye tal desequilibrio. La legitimidad de un valor no radica en su vigencia; ésta, como la de la plena ocupación tiene más en cuenta una estructura de la que parte que la libertad interna de la reflexión sobre los objetivos a los cuales dispone y proyecta su capacidad. El mismo mito de la libertad social no sólo, como es obvio, es hoy existente, sino que nunca en efecto existió; fue simplemente el velo que encubrió la violencia del trabajo "servil" sobre el que su mercado pudo aparecer<sup>53</sup>. Legitimidad supone el precio que el individuo como tal ha de pagar por esta objetividad social que le concede libertad. Tan sólo entonces adquiere validez la vieja generalidad de la ley aristotélica, en tanto que cada individuo como tal la haya hecho suya. El valor político actual democrático parte de la voluntad general)<sup>54</sup>.

Sólo desde esta negación es como aparece la verdadera libertad, y es significativo que los pensadores que han comprendido mejor al hombre occidental, Hegel y Freud, hayan coincidido desde tan distintos puntos de vista. En este aspecto yerran modernos. Schumacher<sup>55</sup> no entrevé mayor libertad en su socialismo, y Fromm ofrece en suma una panacea imposible; no se puede comenzar<sup>56</sup>.

Esta igualdad, o, más precisamente, generalidad, es el valor del que hay que partir. Es inútil construir desde fuera de la razón formal subjetiva, porque toda medida a este propósito no hace sino descomponer más el obstáculo que se la opone. La proposición de aceptación de la mera y existencial organización social como sustitutiva de los viejos valores no tiene éxito. La reprivatización que ha prefabricado estas grandes almohadillas electorales de la mayoría no ha conseguido más que imposibilitar la práctica de cualquier ética pública. El hombre vuelve a sí mismo, legitimándose en sus decisiones por una comprensión que no es suficiente para tener presente más que los más próximos, formándose así en esta sucesiva criba la ancha franja de la sociedad marginal. Sólo desde la internalización de aquella generalidad, así constituida, el hombre digiere y resuelve conscientemente la relación-dominio por la que se integra en el grupo. Entonces el valor es justo porque es Derecho, en tanto no se cuestione. Y tanta mayor extensión y densidad obtenga, tanta mayor solidez ganarán sus estructuras, tanta menor cabida para la anormalidad que tan sólo habría de ser exponente de su error. La necesidad social modela esta racionalización de la servidumbre en trabajo<sup>57</sup>, que es vehículo de libertad social porque la división de él es general, equivalentemente justa.

Pero esta juridicidad no puede legitimarse a sí misma como valor. Como

<sup>53</sup> ADORNO, FTER. Beiträge z. Soz., B. 10, p. 104.

<sup>54</sup> Esta es la limitación de la comunidad soberana en ROUSSEAU, "Contrato social", II, 6.

<sup>55</sup> Kapitalismus. Sozialismus und Demokratie, Bern., 1950, muy lógicamente, dada su noción de socialismo "institucionalizado" y de democracia tan imprecisa.

<sup>56</sup> v. la magnífica "Kritik des Neo-Freu-

dianischen Revisionismus" de MARCUSE, H., en Psyche, XI Jhg, 8 H. nov. 1957, p. 801 siguientes.

<sup>57</sup> v. J. P. SARTRE, "L'être et le néant", París, 1943, p. 292, 294; J. HYPPOLITE, "Genese et structure de la phenomenologie de l'esprit de Hegel", París, 1946, p. 169; F. GREGOIRE, "Etudes Hegeliennes. Les points capitaux du système", Louvain-París, 1958, p. 58.

técnica de la división del trabajo no agota el ámbito de la libertad social total. su reducción técnica puede ofrecer un margen de libertad, así graciosa, pero su desarrollo y la consiguiente servidumbre exigida para ello no ofrece libertad alguna que se acuerde a una previa necesidad inexistente. Entonces, el trabajo justo no tendría su función compensadora y fuente de libertad social. Y, recordamos, que tanto mayor sometimiento exigiera tanto mayor peligro de descomposición, no de superación. La apariencia del matriarcado —en su sentido más amplio— que asoma actualmente, es en cierto modo real. Y no deriva de la descomposición familiar que Schelsky equivocadamente niega por una interpretación simplista, sino de la desvalorización del “incesto”, porque el sentimiento de culpa —única vía ya de integración en el sistema— no se tolera en la medida en que habría de manifestarse. No es caducidad de viejos valores, es el mismo sistema<sup>58</sup> en el cual éstos, naturalmente, están implicados.

El progreso técnico caracterizado como simple productividad plantearía la cuestión del objetivo mismo de ésta, o bien del mayor consumo y de su naturaleza<sup>58</sup>. En este sentido todo el positivismo “de” Comte habría de interpretarse como ideología en último término. La trascendencia de la juridicidad radica en un principio de realidad en tanto que el trabajo es enajenado, independiente del logro material de este trabajo. Es el trabajo social el que habrá de dirigir conscientemente la producción en función de una mejor distribución para su mejor calidad y en orden al sometimiento a él de otras esferas de relación, en suma, de satisfacción. En el proceso de esta socialización está implícita la trascendencia que mantiene el continuado fin de la racionalidad. Pero el desarrollo de ésta siempre ha de requerir la conciencia que lo promueva.

No se trata, pues, de plantear la política del intelectual desde el conservadurismo romántico que puede desprenderse de Tocqueville, ni tampoco desde un radicalismo marxista, según las ideas que lamentablemente se imputan a estos dos autores. Ambos combatieron por la igualdad. Tocqueville, por la falta de crítica de aquella democracia que transformaba la antigua razón en un Commonsense-meliorismus. Marx, había visto ya su falta de solidez.

No fué nuestro empeño construir la teoría política que hubiera de acentar el intelectual, pero sostenemos que la objetividad de su tarea ha de radicar no sólo en la realidad comunitariamente verificada, sino en la conciencia de su necesidad social democráticamente recabada. Existen dificultades para la comprensión de estos resultados, pero como aclaración ha de entenderse que, en primer lugar, la determinación histórico-social de una comunidad se inicia y se acaba en los caracteres determinantes del estrato social inferior y que para depurar científicamente toda política hay que reducir todo interés en juego en función de los intereses de esta comunidad. Sólo desde aquí puede comenzar a hablarse de representación. Ello no supone conmoción alguna, puesto que la vía única son las instituciones vigentemente válidas, aun para su reforma. Y no supone este criterio carácter alguno filantrópico, política significa decisión, hija del poder, y esta comunidad la tiene. La política, desde el

<sup>58</sup> Y ello no se contradice a esta capacidad de integración de la juventud a su técnica, que así se perpetúa, ni a la tendencia señalada de nivelación que desde luego no resiste un análisis serio, sino que el con-

sumo como determinante de esta sociedad borra unas diferencias de naturaleza y sociedad imprescindibles para el control de un antagonismo social que no tiende precisamente a desaparecer.



---

nivel total en que se realiza, pierde su objetivo de dominación para ir ganando el de equilibrio como mejor garantía de todo interés. El denominador común para todos ellos, necesario para la resolución de su concurrencia, no puede ser otro que su contribución social, esto es, unidades trabajo. Su consideración puede hoy día reputarse como problema, pero no su evidencia. La comprensión y detectación de las posibilidades de desarrollo del proceso social en tal sentido desnudarían a la conciencia intelectual del convencionalismo desde el que se ha pretendido su libre investigación.

ANGEL DE JUAN

Profesor de la U. de Salamanca